

Contiendas

Paul FUZIER

biblicom.org

Índice

1 - ¿De dónde viene la disputa?	4
2 - ¿Quién siembra la discordia?	6
3 - ¿Cómo se desarrollan las peleas?	7
4 - ¿Cómo se apaciguan las disputas?	8

«Seis cosas aborrece Jehová...», las que hay en el corazón del hombre, y que «anda pensando el mal en todo tiempo» (Prov. 6:16, 12-14). Tal vez sea nombrada la última de las seis porque es la más detestable de todas, la que nos revela esta actividad del hombre inicuo: «Siembra las discordias».

Si seis cosas, aborrece Jehová, hay siete que «abomina su alma», y la que se menciona al final de la lista, como si fuera la peor de las siete, es la que dice: «El que siembra discordia entre hermanos» (ibíd. v. 19).

Ambas enumeraciones terminan con una disputa. Sembrar discordias es siempre obra del enemigo, pero ¿qué pasa con «el que siembra discordia entre hermanos», hermanos que Dios quiere que habiten «juntos»? (Sal. 133:1). ¡Hace lo que «Dios abomina»! Podemos dudar de usar esa expresión, pero Dios la usa para juzgar moralmente a quien hace algo tan vil. Que esto hable a nuestras conciencias, para que nos cuidemos de hacer o decir cualquier cosa que pueda perturbar la paz y la comunión, introduciendo la semilla de la discordia entre hermanos.

«En aquellos días sucedió que crecido ya Moisés, salió a sus hermanos...», tipo del Señor en su humillación voluntaria, «Al día siguiente salió y vio a dos hebreos que reñían; entonces dijo al que maltrataba al otro: ¿Por qué golpeas a tu prójimo?» (Éx. 2:11-13; Hec. 7:26). Qué triste es ver a hermanos, que tienen la misma vida y la misma esperanza porque tienen el mismo Salvador y Señor, pelearse entre sí en lugar de vivir en paz, «juntos». Lo que Moisés había visto entre los hebreos, Pablo lo había aprendido de los corintios. También ellos se hacían mal unos a otros, a pesar de ser hermanos, por lo que el apóstol tuvo que escribirles: «Ya, en verdad, es una culpa grave que tengáis pleitos entre vosotros. ¿Por qué no sufrís más bien la injusticia? ¿Por qué no permitís más bien ser defraudados? Pero vosotros cometéis injusticias y defraudáis, y esto a hermanos. ¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?» (1 Cor. 6:7-9).

Citemos dos extractos de artículos escritos sobre el mismo tema que podrían releerse, en su totalidad, con gran provecho:

“Entre las siete cosas que son una abominación a los ojos del Señor, en la cima de las siete está “el que siembra discordias entre hermanos”. Que el Señor guíe a todos los hermanos a dejar todos los asuntos personales y de otro tipo que causan disputas, y a centrarse solo en el Señor. Esta ocupación nos mantiene en comunión ininterrumpida; es útil a nuestras almas y nos hace útiles a las almas de nuestros hermanos” (M.É., 1934, página 115).

“Las dificultades que tan a menudo surgen entre los hijos de Dios, y los debates a los que dan lugar, muestran, por desgracia, el miserable estado en que nos encontramos; y esto debería ser un tema de constante y profunda humillación para nosotros. Cuando pensamos en tantas cuestiones que surgen, que agitan y perturban, nos preguntamos: ¿Qué bien hay para las almas? ¿Qué beneficio hay para los pobres del rebaño, para los sencillos y los pequeños? Necesitan a Cristo, y a un Cristo completo, tal como lo presenta la Palabra: en su grandeza como Hijo de Dios, en su tierna condescendencia como Hijo del hombre, y siempre la misma Persona adorable, «ayer, y hoy, y por los siglos» respondiendo solo y perfectamente a todas nuestras necesidades” (M.É., 1890, página 259).

Hemos recordado el conocido pasaje de [Proverbios 6](#). En la parte del libro donde se dan los proverbios propiamente dichos, encontramos muchas más enseñanzas sobre las peleas, enseñanzas que nos parecen responder a cuatro preguntas:

1 - ¿De dónde viene la disputa?

«Por la soberbia no viene más que contienda; pero con los avisados está la sabiduría» (13:10, VM 1929).

El que está convencido de su propia importancia y superioridad defiende obstinadamente su punto de vista y nunca acepta que está equivocado, ¡tan convencido está de que no puede equivocarse! No muestra nada de esa humildad que hace que uno considere al hermano «superior a sí mismo»; por el contrario, actúa «por rivalidad o por vanagloria» (comp. [Fil. 2:3](#)).

La palabra que se ha traducido como «rivalidad» en [Filipenses 1:17](#) y [2:3](#) también es traducida por «rivalidad» en [Santiago 3:14](#) y [16](#). El orgullo da lugar a las luchas y estas, a su vez, suelen dar lugar a la formación de partidos. Es el mismo espíritu que anima a los “pendencieros” y a los “partidistas” y, si Dios no interviene en gracia, las disputas y los partidos llevarán a la ruina a una asamblea local. Una asamblea en la que las disputas se han desarrollado hasta tal punto que está dividida en varios partidos corre el peligro de perder su carácter de asamblea de Dios, si persiste en permanecer en este estado: la unidad del Espíritu ya no se «guarda», habiéndose roto el «vínculo de la paz» (comp. [Efe. 4:1-3](#)). La existencia de partidos en la Asamblea es la negación práctica de la verdad fundamental de la unidad del

Cuerpo.

El apóstol exhorta a los corintios a que todos hablen «una misma cosa» (1:10) a estar «perfectamente unidos en la misma mente y en el mismo parecer», pues había «divisiones» en esta asamblea y en esta actividad carnal: envidias y contiendas, llenos de orgullo (comp. 1 Cor. 3:3; 5:2) había conducido a la formación de partidos: «Pues habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois realmente carnales y os comportáis como hombres? Pues cuando uno dice: Yo en verdad soy de Pablo; y otro: Yo de Apolos, ¿no sois como mundanos?» Si en su primera epístola el apóstol ya estigmatiza esta tendencia de los corintios a reclamar un jefe de partido, en la segunda se expresa de forma aún más contundente: al dar a los corintios la esperanza de una nueva visita, les dice sus temores de «que haya peleas, envidias, enfados, rivalidades, calumnias, murmuraciones, insolencias y desórdenes...», y añade: «Si vuelvo otra vez, no seré indulgente». Anhela utilizar la autoridad que el Señor le ha dado «para edificación», pero si los corintios se niegan a escuchar, ¿no debería utilizarla «para destrucción»? (2 Cor. 12:20; 13:2, 10).

En el que actúa «por rivalidad o por vanagloria», no hay sentido de la humildad, aunque quizá hable mucho de ella. Tal comportamiento será, tarde o temprano, causa de peleas, con todos los frutos amargos que siguen; es la prueba segura de la falta de sabiduría, de esa «sabiduría que descende de arriba», que es «primeramente pura, luego pacífica, moderada, complaciente, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial, sincera». Tener en el corazón «celos y rivalidad» es mentir contra la verdad y produce «confusión y toda práctica perversa» (Sant. 3:13-18).

«Pero con los avisados está la sabiduría». Para estar dispuestos a ser aconsejados, necesitamos tener otros sentimientos que el orgullo. Comprender que somos propensos al error, que nuestros hermanos pueden juzgar las cosas con más discernimiento que nosotros, y que muchos de ellos pueden darnos el beneficio de su larga experiencia cristiana, nos llevará a buscar un consejo útil. Entonces mostraremos sabiduría, mostraremos que lo que nos mueve es «sabiduría de arriba... primeramente pura, luego pacífica...». Si siempre actuáramos con este espíritu, ¿habría alguna vez peleas entre hermanos?

«Cuando viene la soberbia, viene también la deshonra; Mas con los humildes está la sabiduría». –«El que obedece al consejo es sabio». «En la multitud de consejeros hay seguridad» (Prov. 11:2; 12:15; 11:14; 24:6). Los consejeros a los que debemos escuchar son aquellos que nos muestran lo que Dios enseña a través de su Palabra y su Espíritu. ¿Puede haber algún consejo sabio que no venga de Dios? Que po-

damos decir de verdad, como el salmista: «Tus testimonios son mis delicias y mis consejeros» (Sal. 119:24).

2 - ¿Quién siembra la discordia?

Además de la respuesta ya considerada (Prov. 6:12-19), tenemos la de Proverbios 16:28: «El hombre perverso levanta contienda, Y el chismoso aparta a los mejores amigos».

El hombre perverso persigue el mal y encuentra satisfacción en producirlo (comp. Prov. 16:27). Para «cavar» este fruto, como ¡«llama de fuego»! Sacar a relucir asuntos de contención, plantear cuestiones que puedan causar disputas, provocar peleas de cualquier manera, es su ocupación habitual, y a menudo es «el chismoso» que «aparta a los mejores amigos».

«Las palabras del chismoso son como bocados suaves, y penetran hasta las entrañas» (Prov. 18:8). Este versículo se repite, palabra por palabra, en el capítulo 26 (v. 22), un hecho lo suficientemente raro en el libro de los Proverbios como para atraer nuestra especial atención. En el capítulo 18, se mencionan las palabras del hombre necio, que conducen a la contienda (v.6-7), en el capítulo 26, se menciona al hombre pendenciero, que suscita la contienda con su actividad.

¡Qué perversidad, generalmente consciente, en «las palabras del chismoso»! Presentará las cosas bajo una luz particular, de modo que lo que era bueno parecerá intrínsecamente malo; y si ni siquiera distorsiona los hechos denunciados, revelará, sin ninguna duda, lo que habría sido mejor callar. El resultado de su trabajo suele ser este: donde había relaciones fraternales, de confianza y felices, hay problemas y disputas con todas sus tristes y dolorosas consecuencias.

Si «las palabras del chismoso son como bocados suaves», si sentimos placer al escucharlas, es porque responden a los deseos del corazón natural. ¿Qué es de extrañar, entonces, que produzcan lo que son las «obras de la carne»? (Gál. 5:19-21).

3 - ¿Cómo se desarrollan las peleas?

Una vez que la disputa ha sido «sembrada», como dice [Proverbios 16:28](#), el enemigo trabajará activamente para hacer brotar la semilla. ¿Qué medios utiliza para ello?

a) El odio. «El odio despierta rencillas; pero el amor cubrirá todas las faltas» (Prov.10:12).

Es cierto que el odio suscita conflictos. Tal sentimiento puede encontrarse, por desgracia, en el corazón de un hijo de Dios. La Primera Epístola de Juan nos enseña que el amor es el fruto del nuevo nacimiento, mientras que es completamente ajeno al viejo hombre. El viejo hombre no puede amar con un amor según Dios, solo puede odiar; de modo que, si no juzgamos la actividad de la carne en nosotros, si no nos consideramos «muertos al pecado», según la expresión de [Romanos 6:11](#), podemos ser llevados a experimentar, hacia nuestros hermanos mismos, un verdadero odio, ¡un fermento activo para el desarrollo de peleas!

En el versículo 12 de [Proverbios 10](#), tenemos el mismo contraste que en la Primera Epístola de Juan entre el amor y el odio. Si «el odio despierta rencillas», en cambio «el amor cubrirá todas las faltas». Esto no significa que el amor tolere el mal, pues el amor según Dios «aborreciendo lo malo» ([Rom. 12:9](#)) y no puede soportarlo; solo se ocupa de él según las enseñanzas de la Palabra, en el ejercicio de un servicio sacerdotal. El amor nunca divulgará este o aquel fracaso aquí o allá; por el contrario, «cubrirá todas las faltas» y lleva al cumplimiento de [Mateo 5:23-24](#), o [18:15](#), o [Gálatas 6:1](#), según sea el caso.

b) La violencia. «El hombre iracundo promueve contiendas; mas el que tarda en airarse apacigua la rencilla» (Prov.15:18).

El hombre violento nos es presentado en oposición al hombre «que tarda en airarse». Cuando ha surgido una disputa, las palabras violentas, fruto de la carne, solo la avivarán y las cosas irán de mal en peor. El que se guarda de responder a la carne con la carne, que «tarda en airarse» (la ira forma parte de las «obras de la carne», al igual que las contiendas –comp. [Gál. 5:19-24](#)), podrá ejercer una influencia tranquilizadora, trabajar para traer la paz. Pero si no es posible actuar con este espíritu, hay que atenerse al mandato de [Proverbios 17:14](#): «El que comienza la discordia es como quien suelta las aguas; deja, pues, la contienda, antes que se enrede».

«El hombre iracundo levanta contiendas, y el furioso muchas veces peca» – «El que provoca la ira causará contiendas» ([Prov. 29:22](#); [30:33](#)).

c) El orgullo. «El altivo de ánimo suscita contiendas; mas el que confía en Jehová

prosperará» (Prov. 28:25).

Solo de la soberbia surge la contienda, como ya hemos leído (Prov. 13:10), y es el orgullo –el «alma altiva»– el que la suscita. La soberbia despierta el odio de aquellos a los que ha herido, y por lo tanto la disputa que ha provocado, y las consecuencias pueden ser incesantes. «El hermano ofendido es más tenaz que una ciudad fuerte, y las contiendas de los hermanos son como cerrojos de alcázar» (Prov. 18:19).

En el versículo 25 de Proverbios 28, se ve al hombre orgulloso y altanero en contraste con el que «confía en Jehová». Confiar en Dios es una expresión de dependencia; es reconocer la propia debilidad y sentir la necesidad de ayuda y guía; es el sello de la humildad, y de esta manera la prosperidad es prometida por el Dios en quien uno no pone su confianza en vano. Por otra parte, no puede haber enriquecimiento espiritual para «el alma altiva» que «suscita la contienda».

Odio, violencia, orgullo, ¡tres manifestaciones de la actividad de la carne!

4 - ¿Cómo se apaciguan las disputas?

Como hemos visto, «el amor cubrirá todas las faltas» y «el que tarda en airarse apacigua la rencilla» (Prov. 10:12; 15:18). Proverbios 26:20 nos dice: «Sin leña se apaga el fuego, y donde no hay chismoso, cesa la contienda». Que cese la actividad de los «chismosos», y la disputa perderá inmediatamente su vigor, y luego terminará, como se apaga un fuego cuando ya no se le alimenta.

Pero para calmar las rencillas, una cosa es esencial, y no podemos hacer nada mejor que recordar una advertencia muy seria de J.N. Darby, contenida en una de sus cartas, fechada en junio de 1876 y publicada en el M.É. del año 1906, página 438: “El estado de las almas es realmente lo que está en cuestión, y hasta que todos se humillen, no se hará la paz... ¿Qué será del testimonio si se propaga el espíritu de partido y se frustra así el Espíritu de Dios? X. tiene su opinión, Y. tiene la suya; ambos pueden tener razón; no pretendo juzgar en este momento; pero, en cualquier caso, no es el estado de las almas, lo único importante. La humillación por el estado de las cosas es lo que mostraría la gracia. Uno no está ante Dios, aunque tenga una opinión correcta, y mientras no esté allí, no hay paz”.

¿Podría subrayarse suficientemente la importancia de estas observaciones? ¿No es cierto que las peleas entre hermanos son siempre una indicación de un mal estado

de ánimo por parte de uno u otro? ¿No es Dios quien las permite para que este estado de ánimo se manifieste y sea juzgado? Por lo tanto, el punto principal no es tanto saber quién está bien y quién está mal, sino llevar las almas «ante Dios». Desde el momento en que esto se hace, las peleas están a punto de terminar; pero, ¡“hasta que no estemos allí, no hay paz”!

Recibamos este “consejo” de un líder venerado por Dios mismo, recordando que «Escucha el consejo... Para que seas sabio en tu vejez» ([Prov. 19:20](#)).

No quisiéramos terminar sin citar las palabras del Señor a sus discípulos: «Tened en vosotros mismos sal, y vivid en paz unos con los otros» ([Marcos 9:50](#)). Las dos cosas están relacionadas entre sí y la segunda depende de la primera: estaremos en paz entre nosotros si tenemos sal en nuestros corazones, es decir, si logramos una verdadera separación del mal en nuestros corazones. Si no existe esta separación interior, que no puede dejar de manifestarse externamente, los conflictos surgirán tarde o temprano.

Dios desea a los suyos de «habitar los hermanos juntos en armonía» eso es «bueno» y «delicioso» [Sal. 133:1](#)). Que lo hagamos realidad, para nuestra alegría y para su gloria. Esta es nuestra oración al escribir estas líneas.

Traducido de «*Le Messenger Évangélique*», año 1953, página 37